

CULTURA

TEATRO

Comprando futuros, por caridad

...Y LA CASA CRECÍA

Autor y director: Jesús Campos García. Intérpretes: Juan Carlos Talavera, Ana Cerdeira, Ana Marzoa. Madrid. Teatro María Guerrero, hasta el 10 de abril.

J. V. “No doy crédito”, cavila hoy cualquier abuelo al ver que sus nietos se hipotecan a 35 años para comprar un piso equivalente al que él pagó en los setenta del pasado siglo con dos años de su salario de obrero. En *...y la casa crecía*, Jesús Campos crea una expresiva alegoría de la burbuja inmobiliaria y credencia de principios del siglo XXI (y de la expansión desordenada del sistema financiero), a través de una mansión cuyas habitaciones y enseres se van multiplicando hasta obligar a sus inquilinos a consagrarse a mantenerla limpia y en orden.

Con pinceladas de la paleta humorística de Miguel Mihura, situaciones tomadas de Jardiel Poncela en franco homenaje y un final sorprendente en delirante *crecendo*, inspirado en el teatro sacramental (y en las atmósferas del de Francisco Nieva), Jesús Campos habla, siempre en clave alegórico-cómica, sobre el funcionamiento de los mercados regulados, la desigualdad en el acceso a la información económica relevante en tiempo real y la pervivencia de la lucha de clases.

Un espectáculo ameno y desigual, en parte porque no acaban de establecerse con la diafanidad necesaria los pares de cada analogía. Si la casa creciente representa la *greenspaniana* exuberancia de los mercados, ¿qué simboliza cada uno de los personajes? Chispeante la interpretación de la actriz Ana Marzoa, y en clave codornicesca la de Juan Carlos Talavera. La actriz Marilyn Torres en el papel de Yuya, radiante.



Desde la izquierda, Eric Lynch, Alejandra Escalante, Demetrios Troy, Juan Francisco Villa y Yadira Correa en el montaje de *2666*, adaptada por Robert Falls y Seth Bockley. / THEATRE GOODMAN

Bolaño revive en Chicago

Seth Bockley y Robert Falls dirigen una versión teatral en cinco horas de ‘2666’. Quince actores encarnan a ochenta personajes

AMANDA MARS, **Chicago** La verdadera obra maestra, le dijo una vez el escritor Roberto Bolaño (Santiago de Chile, 1953-Barcelona, 2003) a su colega Santiago Gamboa, tiene necesariamente que pasar desapercibida. Pero el universo Bolaño —con todos los ingredientes para el mito: una muerte temprana, un libro póstumo legendario y una influencia colosal en su generación— pasa como un vendaval. Robert Falls se topó con los carteles promocionales de *2666* hace una década en Barcelona y se quedó prendado de la historia y de su autor, que falleció mientras acababa de redactarla. El director leyó el libro cuando fue traducido al inglés, en 2008, y de ahí nació una idea gaseosa de convertir en teatro esa novela de más de 1.100 páginas, considerada una obra maestra.

Ocho años después, Santa Teresa, la ciudad imaginaria que recrea Ciudad Juárez en *2666*, se reproduce en un Chicago precisa-

mente muy castigado por la violencia. En la capital de Illinois, una plaza mundial del teatro y la cultura, las muertes en tiroteos son noticia un día sí y otro también. Y en lo que va de año, más de 100 personas han sido asesinadas en la ciudad.

Falls, ganador de un premio Tony, y Seth Bockley han adaptado y dirigido la obra, que se representará en el Teatro Goodman hasta el 20 de marzo. Las cinco partes que componen la novela se convierten en otras tantas piezas de teatro separadas por intermedios. Alex Rigola ya se atrevió a subir *2666* a las tablas en Barcelona en 2007, aunque Bockley y Falls han preferido no fijarse demasiado en ese montaje. “No quería que me influyera esa versión, pero sí ha tenido un papel importante en este proyecto: es lo que me animó a creer que esto era posible”, explica Bockley.

Si el público se amarra a la butaca a lo largo de las más de

cinco horas que dura el espectáculo —no hubo deserciones en el Goodman, a simple vista, en la función del miércoles— tiene mucho que ver con el dinamismo de las escenas y la presencia de hasta 80 personajes, interpretados por un elenco de 15 actores.

Estructura de la novela

Se respeta la división de la novela: *La parte de los críticos*, *La parte de Amalfitano*, *La parte de Fate*, *La parte de los crímenes* y, por último, *La parte de Archiboldi*. El trabajo de adaptación ha resultado arduo. Hace un par de años, probaron con una versión de cuatro horas, “pero no funcionaba”, reconoce Bockley.

Si Bolaño se esmeró en aquella cuarta parte en relatar más de un centenar de asesinatos de mujeres, en el *2666* de Falls y Bockley se pierde la cuenta y se crea una sensación similar de goleo incesante, angustioso. Varias de las actrices van saliendo a es-

Un premio de la lotería para una obra

La representación de *2666* tiene mucho que ver con un premio de lotería. El proyecto ha sido posible gracias a una subvención otorgada por la Fundación Roy Cochrum, un exactor que ganó un premio multimillonario en 2014 y se convirtió de la noche a la mañana en rico y en mecenaz.

La obra recorre los parajes de la novela y busca mantener la esencia de cada parte, aunque elimina algunas subtramas. El director considera que “Bolaño le pide todo al lector, un compromiso emocional e intelectual”.

cena y enumeran sintéticamente los casos, como si de un coro griego se tratara, mientras los policías muestran, en el mejor de los casos, desidia por investigarlos.

“Ellas forman un coro invisible para lo que está ocurriendo en la escena; es una forma de decir que esas mujeres son invisibles para la policía”, explica Henry Godinez, quien interpreta, entre otros, a Oscar Amalfitano, profesor chileno que se muda a Santa Teresa con su hija, Rosa, y empieza a acercarse a la locura.

Lo explica pasadas las cinco de la tarde, pocos minutos antes de recibir la *fight call* (la llamada de la lucha, en traducción literal del inglés), que es cuando los actores practican las peleas que luego representarán en el escenario, y que ellos realizan cada día, antes de dar vida a todas esas historias que parten y concluyen con el misterioso Archiboldi.

A Juan Vila le conmueve el desenlace de su personaje, el policía Juan de Dios, Le hace pensar: “Intenta con todas sus fuerzas que se conozca la verdad, que se investigue el final de los crímenes, pero llega un momento en el que es una persona sin dinero, que ya tiene a una mujer en su vida, y le amenazan si no mira a otro lado. Así que eso es lo que acaba haciendo, seguir adelante; no se puede juzgar una situación así”.

¿Te gustaría encargarte del negocio?

MUÑECA DE PORCELANA

Autor: David Mamet. Versión: Bernabé Rico. Intérpretes: José Sacristán y Javier Godino. Dirección: Juan Carlos Rubio. Madrid. Matadero, hasta el 10 de abril.

JAVIER VALLEJO Vuelve el Mamet mejor. *Muñeca de porcelana* es una pieza incómoda, que habla sin eufemismos sobre el bajo vientre de la política: financiación de las campañas electorales a través de donaciones, corrupción medular y sinergias entre los partidos, el poder económico y el judicial. El exci-

piente argumental no podría ser más sencillo: Mick Ross, su protagonista, potentado que durante media vida intermedió entre uno de los dos grandes partidos estadounidenses y sus donantes potenciales, llegada la edad senil decide retirarse con una joven bellísima y disfrutar con ella de lo acaparado. Bajo la apariencia de drama realista, Mamet delinea una expresiva alegoría de un mecanismo de poder que funciona sin piedad y personifica los vicios de los desalmados.

Para encarnar la figura de



José Sacristán, en la obra.

Ross, carnal y alegórica a la vez, hace falta un actor formidable, capaz de conducir al galope sus diálogos telefónicos con persona-

jes a los que no vemos ni escuchamos y un diálogo torrencial con Carson, aprendiz de brujo: en la práctica, un cuasi monólogo con el que Al Pacino tuvo problemas de memorización. Sacristán lo conduce con fuerza, pericia y una convicción contagiosa. Hace un trabajo extraordinario, sin parangón en su carrera teatral. Imposible encarnar con mayor crédito el enamoramiento del león en invierno, la displicencia del mago que sabe a cuánto le sale el metro de separación de las aguas del mar Rojo y el temor de la presa que siente al cazador pisándole los talones. Por todos esos estados del alma pasa el trabajo del actor.

Javier Godino, su interlocutor, es todo escucha: acusa muy bien los cambios anímicos de su

personaje, aunque en la escena cumbre acaso le faltó determinación en la función previa al estreno madrileño.

Bernabé Rico sale bien parado en su versión de un texto trufado de jerga político-jurídica: consigue que, aunque suceda en EE UU, nos concierna como si estuviera ocurriendo aquí, donde los males de los que trata nos resultan familiares. El público escucha la pregunta retórica de Ross: “¿Sabes cuánto recaudé para vosotros en las últimas elecciones?” como podría escuchar “Luis, sé fuerte” o “Te quiero un huevo”. La escenografía, la iluminación quirúrgica y la sigilosa dirección de Juan Carlos Rubio redondean una comedia dura, que dice lo que algunos preferirían no oír.